

Juan Manuel Roca

Poemas

La poesía de Juan Manuel Roca, aunque hunde sus raíces en la más áspera realidad, tiene por norte lo oblicuo y, más aún, lo que se desdobra o es reduplicación del mundo real. De ahí que si del día le interesa sobre todo lo crepuscular –y más aún, lo crepuscular urbano a la manera de Baudelaire–, de la propia realidad le interesan los espejos y, más aún, los sueños, como si éstos fuesen la vía hacia lo otro, o lo que está al otro lado: y en el centro de éste, la noche exterior del poeta, que parece querer inspirarse en la propia noche interior de los ciegos, resplandece como el escenario último de una poesía que, nacida en pleno trópico, ha pactado con la realidad a condición de mantener intacto su propio núcleo interno, en el que resuenan, como en una caracola, viejos sonos románticos y, retrocediendo todavía más, ecos goliardescos y tabernarios, así como lejanos aires de juglaría.

Testamento del pintor chino

Cuando el sobrio Emperador
Me conminó a borrar del cuadro una cascada,
–El chapoteo incesante espantaba su sueño–
Como buen cortesano obedecí y esfumé su torrente.
Sin embargo, oculté tras el dibujo de un cerezo
Una rana que croa
Y que el anciano Emperador confunde
Con su agitado corazón.
En un biombo de lino me pinté a mí mismo
Al momento de dibujar un caballo.
Una noche después espanté con el pincel al caballo,
Pues no soportaba sus relinchos.
Pronto borraré mi crepuscular figura del óleo,
–Emperador de mi cuerpo–
Y sabrán que es de la misma materia
La ausencia de un hombre o de un caballo.

Tierra de nadie

Nadie

Pinta un pájaro donde hubo tigre.

Su rugido borra el silbo. Traza un árbol

Donde antaño pintó un mástil.

Quién diría que bajo árbol y pájaro

Duerme un tigre

Mientras cruza un barco a toda vela.

Esta nube

Fue sábana en su encordado,

La silla se reclina en algo que fue pared,

El cielo fue jinete azul.

Nadie ama el claroscuro,

Los colores del olvido,

Los pintores de nieblas.

Rembrandt y Morandi

Preguntaron por Nadie.

Parábola del sueño y del poeta

Dulcinea del Toboso
Le entrega una rosa a Don Quijote,
Pero él recibe un puñado de nada.
El Caballero de Los Espejos
Es vencido por el de la Triste Figura,
Pero quien triunfa es el sueño.
El Caballero de la Blanca Luna
Sojuzga al de La Mancha,
Pero el derrotado es el tiempo.
La cabeza se puebla de hazañas
Que la realidad acorrala.
Los libros del enfebrecido Caballero
Pasan sus hojas con yelmos de oro
Y caballos y hechiceros y pendones
Y toscos gigantes que muelen
El viento. Pero el cura y el barbero
Los vuelven flor de fuego.
He aquí la realidad,
Algo así como un sueño proceloso,
Y Dulcinea a lo lejos
Cultivando jardines de nada.

Testamento de Shylock, mercader de Venecia

Con mi muerte
Temblará la tasa de usura en Venecia
Y el cuaderno de pagarés
Caerá como una flor abierta
En sus aguas cenagosas. Venecia eclipsará
Como un alba tiñosa.
No soy de la tribu que se encoge de hombros
Ante el maná del dinero.
Mi barba puntiaguda señala su escondite
Y hasta mi ruinosa gabardina se agita
Ante el becerro que fulge en la noche de los búhos.
No soy de las hordas mutilantes de Barrabás,
Pero un trozo de carne de vuestro amado cuerpo
Será el humilde pago a mi largueza.
Ya sabéis que la carroña humana
No cotiza en la Bolsa de Varones.
¿A quién acudirán, con mi muerte,
En las horas del hambre?
No os dejaré ni siquiera mi alma
Donde el Cisne de Avon, un paria, un perro vagabundo,
Rumora con perfidia que afilo mi cuchillo.

Testamento de Ofelia

El ahogado
Yace
En aguas pensativas.

Preguntarán
Por qué desemboco
En un mar de sargazos,
Tapizada de hierbas y lotos.

Bajo
La gran lápida del estanque
La quilla de una barca
Destila flores desdichadas.

Lego al sueño mis manos,
Mis manos
Que trazan silencios
En el libro del agua.

Testamento de Goya

El tiempo
Ha devorado mi rostro
Como Saturno a sus hijos.
Quizá mi sordera fuera un don,
La manera de asordinar
El grito nocturno de los fusilados,
El canto feroz de la locura.
Traigo noticias de la sombra,
El sueño de la razón
Que galopa sus broncos caballos
En mi alcoba.

Testamento de Degas

Es como pintar
A una mujer vestida
E irla desnudando con el pincel
Hasta reducirla a su soledad.
Aún para quien sabe que el arte
Es la forma de dominar el dolor,
Un pintor
Que va entrando en la ceguera,
Sólo ve el oro de sus tardes,
Su boceto al carbón.
Es como pintar
A una mujer vestida
E irla desnudando con el pincel
Hasta reducirla a su soledad.

Poema con tigres

*El tigre lleva en la piel
los barrotes de su jaula*
Eduardo Umaña Bernal

Siempre, entre el tigre y mi precaria humanidad, hubo una
jaula.

A veces nos separaban los barrotes del zoo,

A veces las rejas que traman las palabras.

Ni el tigre de Blake,

Ni el tigre al que Valéry llamó

Campo listado o cosa parecida, rugieron en mi tienda.

Ni siquiera el tigre de Borges

Cuyo lazarillo es la noche.

Menos aún el tigre de la Malasia,

El temido de Ishnapur,

El tigre de la aldea que se escondía en la niebla.

Mi tigre siempre fue tigre de papel.

Yo iba por las junglas del lenguaje,

Un pobre cazador dormido entre fogatas,

Alguien que seguía las huellas dactilares de la fábula.

De safari por la lengua esparcía trampas

Para atrapar la palabra tigre y amansarla.

A duras penas apresaba una dulce jaguaresa

En la floresta de letras de Horacio Quiroga.

Pero hoy vi tus pasos sigilosos,

Los vi en la algazara de los tucanes y los monos

Que señalaban en su alarma la dirección de tus garras.
Te vi junto al río y ya no hubo más jaula que mi miedo,
Tigre en libertad,
Flama en la noche de los sentidos.

Manaos, noviembre 22 del 2000

Monólogo de Guadalupe Posada

El mundo cabe en las cuencas de una calavera.
La que portaba Hamlet como lámpara votiva
Quizá sea una testa de segunda,
Comprada en el ser o no ser del cementerio.
¡Y pensar que somos –dicen las calaveras–
Nada más que un futuro ya cumplido!
Es tiempo, despojados de cuerpo,
De sonar sus guitarrones,
Sus trompetas resurrectas.
Ahora que habito un reino de ceniza
Recuerdo que trabajé a un ritmo
Más endemoniado que la muerte.
Hijo de panadero, amasé la greda
En cada grabado y fue como gritar:
¡Vivan los muertos, gavilla de Lázaros
Regresados de sus tumbas!
Siempre supe que la muerte estaba
Más viva que nosotros, que podía
Ataviarse de Quijote y lancear hombres secos.
Vi los esqueletos de los novios
Posando en el retrato.
Vi la calavera de un soldado de Zapata
Regresando de la tumba a pelear por la tierra.
Mi estancia, morgue de peones y funcionarios,
De mujeres de bien y federales.
Ahora que el día de muertos es todos los días
Evoco al hombre del sombrero
Que bebía tequila y parecía cantar,
Al borracho en la cantina frente al cementerio
Gritándole a los muertos:

Aquí hay danzones, estamos mejor
Que en sus lechos. Vi a la muerte en un baile
Tras los jarros de pulque,
A la muerte nupcial envuelta en un zarape.
Vi un ejército de esqueletos,
Galería de ausentes, tertulia de sombras.
Siempre estuve grabando mi retrato.

Para Felipe Agudelo Tenorio

Relación de los cronófagos

Me rondan los cronófagos, comedores de tiempo que piden cuentas de mi ocio. Los cronófagos asedian. Hay que poner cerrojo, la vieja tranca, el corazón de hierro del candado. Y aún así se descuelgan por el patio de ropas queriendo robar un pedazo de mi aurora.

Los cronófagos me prohíben el opio del poema, me llaman el Pastor de Espejismos, el Lazarillo de Nadie. Que el tiempo es oro, dicen, que mi becerro es de lodo, y no por mi sordera dejan de rondarme, de rondarme, exacerbados y tristes, los cronófagos.

Para René Rebetez

Monólogo del chatarrero

Me acecha el metal. Los resortes de un catre de hospital yacen como vísceras de un animal venido de otro mundo. Herraduras sin caballo, cadenas sin preso, florecen en el Reino de Nadie. Amo la ruina antes que la casa. Las rosas mecánicas son mi heráldica sombría. Voy al metal como al vientre de un cetáceo, profeta del óxido entre abolidos poderes.

Cuando la ventisca atraviesa la ciudad con su largo vestido de novia y la noche platea los metales, crece en la bodega el jardín de la herrumbre. Es un bodegón de ausencias, naturaleza muerta e insepulta.

La lámpara rota. El esqueleto de un paraguas. La trompeta abollada y herrumbrosa. Una callada linotipia. El casco de un soldado que fue lo único que volvió de la guerra. Antenas que fueron flores de aluminio en las terrazas y una campana sorda llamando al silencio. La materia entona un réquiem por sus dueños fantasmas.

Sueño con ángeles

*Han llegado los ángeles
en un buque de carga*
María Baranda

Por el sueño navega un barco cargado de ángeles. Vienen en cajas de madera, en guacales de tablones salvados de un naufragio.

Los marineros los ven comiendo flores en su cepo como reos andróginos de una mudez de ostra.

Su destino es un misterio. No se sabe si serán vendidos a un zoológico, a un circo, a un aviario, a un taxidermista, a un tratante de alas.

Por tratarse de un extraño contrabando –aunque no hay leyes marítimas que prohíban el transporte de ángeles en barcos–; por tratarse de un tráfico de sueños, el capitán evita tocar los grandes puertos del mundo.

Es como si el barco estuviera condenado a no anclar nunca, a viajar sin destino con la carga emplumada y melancólica. Cada día huelen peor, a pústulas y almizcle, los maltrechos ángeles en sus podridos guacales. La nave se enfantasma en la niebla apagando sus luces y sus voces. Y la tripulación empieza a impacientarse, empieza a impacientarse...

Cuernavaca, noviembre 17 de 1999

En el café del mundo

Por la mañana,
Cuando un sol de páramo merodea la ciudad,
Las meseras del café
Limpian las sobras de una conversación
Y las manchas que dejan en el piso
Las voces nocturnas.
A alguien debió caérsele en el baño
La palabra amor,
Pues no se soporta el olor a flor marchita
Que invade sus muros.
Limpien, limpien las palabras regadas en el mantel
O esparcidas como cigarros apagados
En los rincones. Sólo son pavesas de voces,
Cenizas del verbo, frutas disecadas.
Las meseras espantan a las moscas con un diario:
Las palabras no son hadas caídas de labios del fabulador,
Ni cadáveres en fuga hacia el vacío,
Pero las moscas se frotan las patas
Frente a sus melancólicos residuos.
Tal vez al borde del vaso con restos de cerveza
La palabra país se haga recuerdo
Pues hay algo de tela de araña, de ruina de tiempo,
De un mestizaje de sueño y pesadumbre
En torno de la mesa.
Aún están las sillas con las patas arriba
Como carrileras o pirámides o torres
De una Babel silenciosa
Y las meseras se aprestan a barrer un otoño de voces.
Palabras que fueron mordidas con pasión
O arrojadas por la espalda,

Palabras titubeantes en labios del herido
O untadas de una tenaz melancolía,
Mariposas derribadas en su vuelo.
Las meseras ignoran que limpian y barren las palabras,
Que algunas recorrieron el mundo, muelles y hangares,
Para venir a morir bajo una mesa.
La palabra libertad que agitó su bandera de harapos
Se deshace entre los restos de la noche
Y no es fácil remendarla con agujas de lluvia.
Ni perros ni gatos husmean los escombros
Donde se acumulan los sinónimos del hombre.
Hasta la palabra miedo
Ha mudado de piel y ya no tiembla.
Ah, diligentes meseras que ponen orden a los objetos
Aunque nadie los nombre. Yo las veo
Recogiendo pedazos de la palabra cristal,
Entre enceguecidos Narcisos
Que fingen no verse en aguas pantanosas.
La palabra muerte no quiere deshacerse,
Se resiste a morir en el café de la noche.
Las pulcras meseras recogen,
Entre papeles arrugados y sombras y cabellos y fantasmas,
Las sílabas del día, sus inciertas potestades.
Limpien, limpien llanuras, suburbios, subterráneos,
Glaciares y jardines y patios y collares,
El eco del silencio que atraviesa la noche.

Para Carlos Vidales

Un violín para Chagall

En Vitebsk todo vuela: un viejo judío de negro sacón, una choza aerostática, un caballo fugado de las caballerizas de Giotto. Vuelan las vacas, los novios, los días y un violinista en el tejado.

¿Qué toca en la noche sobre la planicie de nieve? ¿Con qué tonada arrulla la aldea y apaga íconos y espantos?

No dejen caer el violín, testigo de bodas y de entierros. No lo dejen callar. ¿Es un violín gitano inventado por el diablo? ¿Es un violín para orientar viajeros en las grandes estepas? ¿Violín roto de la trágica Rusia?

Nadie sabe qué lleva en el costal, en su burdo saco, el viejo judío del gabán. ¿Acaso esconda un libro que narra el combate de Jacob con el ángel? Si es un violín, que caiga en manos de Chagall. Entonces todo vuela, los rojos tejados, los candelabros, las manos de cera del rabino, la luz parpadeante de la sinagoga.

El matrimonio de Chagall

Cuando el rabino
Los fue a unir para siempre,
La novia ascendió como un copo de nieve
Por el aire de la sinagoga. Detrás iban
Chagall, un asno rojo
Y un violinista portando un reloj de arena.
La boda no se realizó
O se realizó en la copa de un árbol,
Pero lo cierto
Es que a partir de ahí se hizo inestable
La vida de los esposos Chagall:
La tetera pitaba y se encaramaba en un armario.
El samovar volaba por todos los rincones de la casa
Destilando gotas de luz,
La cama matrimonial
Era un bajel al aire
Y no era raro ver al pintor trepado en un horcón
Con un pincel en los labios.
Todas las cosas volaban: bastaba
Que con desgano o con fijeza las mirara Chagall.

La rebelión de los músicos

(Entramos a un período barroco del silencio)

País sin música es rey sin vestido, hueco, calcáreo. Cansados de tocar en los velorios, pavanas de difuntos, sonatas en medio de las mil y una guerras, ¿qué ocurriría si los músicos adoptaran el silencio? Los fabricantes de duchas intentarían agregarle a su lluvia casera una tonada. Y los alarifes. Al colocar los ladrillos de una casa perderían su ritmo, y una casa sin ritmo puede caerse al primer temblor. Se haría más hondo el silencio que exploran los muertos. Los directores de orquesta serían sombras de gestos apagados. ¿Y la noche? Menos noche: violín sin cuerdas, jazz de ausentes, vals de adioses.

Sería vestirse de gala para un concierto de silencios. Callados bombardinos, flautas sin Hamelin, atriles de viento.

Para Antonio Arnedo

Lector de piedras

Las piedras:

Cuentas de un ábaco gigante,
Fósiles de nube, atrios de la luna,
Sílabas de tiempo.

Migas de un astro
Caídas desde el altar del cielo.

Antes de ser catedral,
Viento atrapado en su gótico gesto,
La piedra conoció el bautizo del río,
El cincel de la lluvia.

El lector de piedras
Recorre sus formas encantadas y ciegas:
Sabe que entre ellas
Moran los dioses de un país dormido.

Pero es la mano del albur, minero de Dios,
¿La que decide cuál piedra se hace cárcel,
Cual piedra iglesia o tumba,
Paredón de lamentos, muro de fusilados?

Oración al Señor de la duda

Más que fe, dame un equipaje de dudas.
Ellas son mi puente, mi afluyente, mi oleaje.
Venga a nos el Reino de lo Incierto.
Manten en vilo mis verdades,
Concebidas, muertas y sepultadas
En los telares del olvido. Llévame
Por las arenas movedizas,
Dame a comer el pan de la derrota,
A beber el agua del silencio.
No hay timos ni trucajes:
Estoy herido y soy mi camillero.
Sean las certezas palacios de nieve
A los que alguien asedia con el fuego.
Señor de la duda, si existieras,
Escucha la oración del descreído.

Del entierro de las Meninas y otros asuntos

I.

No es de suyo permitido asistir a un entierro a los bufones.
Ni Mari Bárbola ni Nicolás Pertusato, enanos de la corte,
Ni siquiera la infanta Margarita María asisten
Al entierro de las Meninas, damas de honor dignas
Del más blanco Alcázar. El pintor ha muerto antes
Que las Meninas, aunque allí lo veamos, con su pincel
Y su paleta, de seguro pintando el cuadro donde
Ocurre el universo. El perro Fides, el fiel
Can que soporta las patadas menudas del enano,
Quizá ladre a su sombra en la eternidad. José Nieto,
apostatador
De la Reina, ya se fue de la puerta, andando en puntillas
Por senderos de bruma, por los fríos salones del Escorial.
El espejo, descongelado, ha engullido
Los torsos, las manchas tutelares de los soberanos.
Don Diego sopla un aliento humano a la infanta, a las Meninas
Y bufones, y hasta el perro tiene algo de triste humanidad.
No así los reyes, flotantes en el cristal como si fueran
Más reflejo que mirada, más eco del espejo que del mundo.
No es de suyo permitido asistir a un entierro a los bufones.

II.

Pero es de ley que asistan a su propio entierro los bufones.
Lejos del lienzo, lejos de Velázquez, lejos del viejo Imperio,
Su Beatífica excrecencia llama, de nuevo, a sus payasos.
La noche es vieja desdentada, madrastra de un país
Que no conoce el sueño. Un cartel los llama por su paga:
Botones de hojalata, flores tardías, lentes ahumados
Para no ver las carnes del Rey que va desnudo por las calles.
Una luna frugal para su hastío: la bufonería, los poetastros
Lamen su pan, alquilan las cabezas para comprarse un
sombbrero.

Es de ley que asistan a su entierro los bufones
Cuando cruza la tarde, desangrando rosas.
Más enanos que Mari Bárbola, mucho más que Pertusato,
Los cortesanos, donde uno mire, los cortesanos
Sin corte: reinos sin trono, torres sin almenas,
Cetros de sombra, banquetes de vacío, ruelas sin hilo.
Por allí cruza la tarde, desangrando rosas.

III

Las hijas del campo –en el viejo y desdentado mundo–
Se revolcaban desnudas como el agua sobre el trigo recién se-
gado.

Que el trigo fuera de poda fresca y que el cuerpo desnudo
Frotara el pequeño trigal nocturno de sus muslos,
Era de rigor para que el pan o los pasteles ayudaran
A caminar a los inválidos.

El trigo nuevo acariciado por la desnudez de la doncella
Daba pie a los mutilados: el camino iba hacia el viajero seden-
tario.

Ni el cascabel del bufón. Ni la voz de los festines.
Sólo trigo de la cosecha dorada de sus cuerpos,
Aunque cruzara la tarde, desangrando rosas.

Para Fabián Rendón

Breves noticias del humo

*La humareda de las pipas, de los
cigarrillos y de los fumadores de
cigarros puros, humo de las locomotoras,
de las chimeneas altas de
las fábricas, de los barcos de vapor...*

Edgar Degas

Hacerse humo
Es una expresión que sirve
Para el destino del hombre.

Vamos por partes. Las pipas
Establecen una serie de signos en el aire,
Ideogramas, interrogaciones, espirales.
Lo mismo ocurre con el tosco cigarrillo
Y con el poderoso cigarro:
¿Son pobres señas del hombre a un Dios invisible?
¿Son remedos del humo de un comanche
Anunciando a su tribu
La llegada de la muerte en un caballo?

El humo de las locomotoras
Es una bandera de niebla
Que se acerca, que se acerca
Diluyendo lentamente los brazos en abrazos.

En cuanto al humo de las fábricas,
Monsieur Degas,
Al humo fabril que es buitrón del infierno,

Mástil del luto, parece mejor desdibujarlo.

No así el de los barcos de vapor
Que pone a dialogar al mar con el cielo
Mientras la caldera
Trajina su memoria de puertos.

Los humos que se suben a la cabeza
Del idiota montado
En la ventripotente nube de su gloria,
No vale la pena mencionarlos.

Sí los de las chimeneas de las casas
–Los veo agitarse en la montaña–,
Que a lo lejos anuncian
El vuelo de los ángeles del maíz
En el aroma viajero.

Podría hacerse un censo
De los traficantes de humo
Que conocen su maridaje en el olvido.
Hay los que venden humo
En las plazas públicas,
Hay los que queman libros
En sus voraces pirotecas,
Hay los que ponen leña
Debajo de la bruja,
Hay los que llevan al hombre
A la cámara de gas,
Hay los que incendian templos
De dioses abatidos,
Hay los que vuelven humo
Las lenguas de fuego.

Yo intento descifrarlos.

El humo de las plazas públicas
Recorre las ciudades en forma de ideas.
El humo de los libros se viste de viento
Y por eso veo al Quijote en una nube.
El humo de la hoguera de la bruja
Vuela en la escoba de mi sueño.
El humo de las cámaras de gas
Señala en su color la derrota del hombre.
El humo de los templos escribe el nombre
De Eróstrato en la túnica de Diana.
Las lenguas de fuego
En las pilas bautismales esfuman a Cristo.

Y no agrego más. Punto.
Me llama un suave humo. Dos puntos.
La sopa olorosa en el fogón,
La sopa de hongos y sus hadas boscosas.